



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 28 DE JULIO DE 2024

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

La apocalíptica verdad

EL PRESAGIO DEL FINAL
OLGA DE LEÓN G.

Los días eran como un amanecer en invierno: secos, crudos y de poca perspectiva. Las noches no existían o se confundían con la penumbra de las tardes. La ciudad dormía de día y también en las tardes; solo de noche, la vida ciudadana parecía un fantasma que recorriera la ciudad entre calles, rincones y desvanes de casas grandes y viejas.

No sé, a ciencia cierta, si eso era o no, así. O si salía de mi cabecita loca para convertirse en un imaginario, a veces, solo a veces, fértil y próspero. Lo cierto es que los días eventualmente sorprendían con un amanecer fresco o templado: otros eran soleados y brillantes, como luz que se enciende para darle un toque de alegría a la penumbra de una casa con las ventanas cerradas y las cortinas sin descorder, ni siquiera porque la luz del sol ya brillara detrás de esas paredes.

Así era la casa de mis abuelos, la de mis padres en sus últimos años con vida, aunque ya con la salud algo deteriorada. Y, para allá pinta ir la mía propia. Nos hemos estado haciendo viejos, particularmente, en el último lustro, cuando llegamos a los setenta... ¡Pero llegamos! Y muy probablemente pasaremos de los ochenta; eso creo, así lo siento. O eso me dice mi sombra sobre el espejo y los pájaros inteligentes que se metieron en nuestro aposento, para ya no irse: "jamás".

Sí, estás pensando rectamente, como el cuervo según nos cuenta Edgar Allan Poe en su poema del mismo nombre: "El Cuervo".

En otro atisbo de mi memoria retro, se me apareció de pronto el recuerdo de: "...como decíamos ayer", frase con la que retomó su cátedra en la Universidad de Salamanca, Fray Luis de León, ilustre y sabio hombre, filósofo, poeta y profesor universitario de ideas avanzadas, un revolucionario auténtico. Lo hizo cuando tras varios años en prisión, donde purgó una injusta condena, salió de ella.

Frase que solía yo repetir ante mis alumnos, después de la temporada de vacaciones, receso escolar o cualquier otro motivo de ausencia involuntaria (casi siempre por mi padecimiento neuropático y de columna). Por supuesto, fuera de toda comparación absurda e imposible de imitar: me gustaba recordar y pedir a mis alumnos bachilleres, que investigaran el significado que tenía, "...como decíamos ayer", en el contexto que la pronunció su autor.

Luego, iniciaba con ellos algún ejercicio de redacción y tallereábamos en la clase. Un día les propuse escribir un poema colectivo, proporcionando cada quién una línea ya fuera que pareciera o no verso y que rimara o no rimara con la que le precedía y la que le seguiría: nos enriqueció a cada uno, si bien no resultó una joya literaria.

En otra ocasión, después de dejarles como tarea que llevaran impreso a la clase, el poema de Poe, "El cuervo", y de haberlo leído en sus respectivas casas, por lo menos tres veces continuas, les pedí, al iniciar nuestra sesión rutinaria, que escribieran un poema hasta donde les fuera posible semejante al de Poe.

Y, he aquí mi propio poema, pues yo hice con ellos aquel ejercicio, años ha:



*El Búho y la Lechuza
Estaba tranquila sentada en mi
mecedora,
meaciéndome yo sola, en aquella
soledad
de mi vida rutinaria y aburrida
donde nunca sucedía nada sorprendente.*

*Y, estando así, por voluntad propia
o imposición de salud precaria,
pude contemplar en el espejo
la entrada por la ventana abierta
de dos animales alados, muy parecidos;*

*si bien, también, muy distintos:
un búho y una lechuza.
Ambos, raudos, y con prisa
fueron a posarse sobre la lámpara
que colgaba desde el alto techo
de mi aposento antiguo,
el que lucía, a pesar de los años,
como techo o cielo de cuarto
moderno y bien cuidado:
uno de esos escasos techos
de casa de ricos de otros tiempos.*

*¡Oh!, mi Dios, misité, que se aleje...
Aleja de mí a la lechuza
que con ella Satanás entrará.
Y la lechuza cantó: ¡nunca!
El Búho, agorero de males y desgracias*

*Mucho se guardó de cantar
por no ser descubierto
prefirió en un rincón guardarse.
Astuto es, más mal agorero también.
Poe enseñame a desentonar
rimando ficción con realidad.
Mas, Dios saca de mi aposento
O del reflejo en el espejo
Al búho y la lechuza
que de mi solitaria alma
astutos y predictores malignos*

*se quieren apoderar.
Y, al unisono, en un solo
clamor, cantaron: "¡Nunca!*

EL NACIMIENTO DE LA NOBLEZA
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

"Viene solo, el maldito Peter", se dijo Julio César. Corría aquel pequeño con el balón de soccer, por la banda izquierda. "Voy a tumbarlo de una patada", continuó pensando Julio César, el más corpulento del salón, de quinto año de primaria. Como otros compañeros, detestaba que Peter fuera el primero en todo: en las calificaciones, en recibir atención de la maestra, en el goleo del equipo de fútbol; además, les fascinaba a las niñas, sin importar que era un alumno medio chaparro. Y esta era la oportunidad que le presentaba la vida a Julio César para descargar su furia. Lo esperó en diagonal y fue a buscarlo casi por la espalda. Le metió una patada en las piernas, sin buscar el balón. Salió Peter volando por el campo: una plancha de cemento que terminaba en tierra dura de cerro. El golpe le dolió como la cabra sufre cuando le rompen una pierna, a al becerro le rebanan la garganta, o como el limosnero que pierde la fe luego de unos días de hambre. Así le dolió el golpe de aquella patada. No se diga la caída sobre el cemento: esa le dejó moretones, le rompió pantalón y playera y le abrió raspaduras por todo el cuerpo.

El odio de Julio César había estado contenido durante los cuatro años y medio de escuela. Y durante el quinto grado, fue saliendo poco a poco, a chorros esporádicos que explotaban de alguna manera: Hacía dos semanas, en la fila que realizaban para que la maestra les

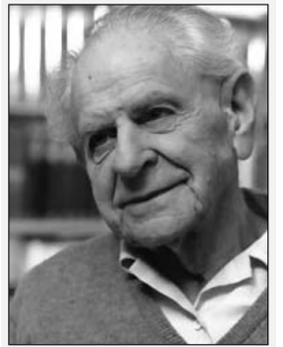
revisara la tarea en su escritorio, apareció por primera vez la violencia física. El grandote le soltó un golpe en el estómago a Peter que lo tumbó al piso. Para que el niño no le dijera nada a la maestra, tuvo que reglarle una bolsa de papas fritas en ese mismo momento. Peter contuvo las lágrimas y aceptó la disculpa.

Inicio del sermón: ¿Nobleza? El dolor nos vuelve empáticos, podría decirse. Los artistas, cuya obra conmueve, en realidad sufren. El dolor les hace entender el mundo y las lágrimas los prepara para ver a Dios. ¡Pero todos sufrimos!, dirán algunos. Julio César sufría, pero tenía sus propios mecanismos violentos para lidiar con su dolor interno. Se metía en su propio infierno: No solo de pan se alimenta el hombre (Deuteronomio 8:3; Mateo 4:4). Hay que reconocer que el hambre empática ha descendido otra vez. (Taylor Swift: "How did it end?"). Fin del sermón.

Artículo periodístico: Entonces surgen preguntas importantes. Por ejemplo: en el concierto de apertura de París, 2024, de su largo "The Eras Tour", Taylor Swift incluyó en su repertorio "But Daddy I Love Him", de su más reciente material discográfico "The Tortured Poets Department". Y realizó cambios a la letra grabada. El tema de "But Daddy..." es un misterio porque la cantautora revela que está pensando en embarazarse; pero ¿de quién? Hay que recordar la canción "I Can Fix Him (No Really I Can)" del mismo disco. Es claro que el personaje central de este último tema es un Julio César cualquiera, (cadenero o guardaespaldas en algún bar), de malos modales y no presentable ante la familia. Pero el otro caballero, del que piensa embarazarse, tampoco parece ser presentable ante la familia. ¡Está loco, es un caos y es pura rebeldía! ¿Será, acaso, "The Joker 2?", cuya película se estrena el próximo 03 de octubre de este 2024? Se abre un mundo de posibilidades. ¿Acaso Lady Gaga estará representando a alguien que no es una cantante? ¿A una psicóloga? Lady Gaga no es Lady Gaga y su tremenda voz. La buena noticia: hay música dentro del Guasón, (no es el psicópata tradicional de Ciudad Gótica, sino una especie de redentor Apocalíptico). ¿El Rey David? Tanto misterio en Berlín. Aguardemos las nuevas noticias... Fin del artículo periodístico.

Poesía fuera de moda: Oh, peregrinos que viajáis por este mar de palabras. No creo que todo lo entendáis, pero un día será revelado. La muerte, Casandra, el final. Peter, Robin y El Manuscrito, (el robo, el cambio de tercera a primera persona). ¡Todo! Aunque siempre dudas cabrán, nadie podrá asegurar nada. Ahí está la fe. Junto con la humildad y la meditación. Fin de la poesía.

Vuelta al cuento: Peter no pudo levantarse, su cuerpo se enroscó como cochinilla. Julio César se acercó lleno de remordimiento. Le tocó un costado para preguntarle si estaba bien, fingiendo sorpresa, franco en su preocupación. El resto de los niños disfrutó la caída. Algunos rieron; ninguno ayudó. Todos eran mayores que Peter. Luego de algunos minutos, el chico logró levantarse y se dirigió a los baños para lavarse las heridas. No regresó la agresión; no por nobleza, sino porque no tenía cómo defenderse. Fin del cuento.



Karl Popper

(Karl Raimund Popper; Viena, 1902 - Londres, 1994) Filósofo austriaco. Estudió filosofía en la Universidad de Viena y ejerció más tarde la docencia en la de Canterbury (1937-1945) y en la London School of Economics de Londres (1949-1969).

Aunque próximo a la filosofía neopositivista del Círculo de Viena (representada por pensadores como Rudolf Carnap, Otto Neurath o Kurt Gödel, entre otros), Karl Popper llevó a cabo una importante crítica de algunos de sus postulados; así, acusó de excesivamente dogmática la postura de dividir el conocimiento entre proposiciones científicas, que serían las únicas propiamente significativas, y metafísicas, que no serían significativas. Para Popper, bastaría con delimitar rigurosamente el terreno propio de la ciencia, sin que fuera necesario negar la eficacia de otros discursos en ámbitos distintos al de la ciencia.

También dirigió sus críticas hacia el verificacionismo que mantenían los miembros del Círculo, y defendió que la ciencia operaba por falsación, y no por inducción. Ésta es, en rigor, imposible, pues jamás se podrían verificar todos los casos sobre los que regiría la ley científica. La base del control empírico de la ciencia es la posibilidad de falsar las hipótesis, en un proceso abierto que conduciría tendencialmente a la verdad científica.

Popper desarrolló este principio en la lógica de la investigación científica (1934), donde estableció también un criterio para deslindar claramente la ciencia de los demás discursos: para que una hipótesis sea científica es necesario que se desprendan de ella enunciados observables y, por tanto, falsables, de modo que si éstos no se verifican, la hipótesis pueda ser refutada.

Esta concepción abierta de la ciencia se corresponde con el antiesencialismo de Popper, que mantuvo en obras posteriores dedicadas a la crítica del historicismo, entendido como aquella doctrina que cree posible determinar racionalmente el curso futuro de la historia. Así, en La sociedad abierta y sus enemigos (1945) y La miseria del historicismo (1957), llevó a cabo una rigurosa crítica de los sistemas políticos de Marx y Platón y de cualquier forma de dogmatismo, y defendió la democracia como sistema abierto capaz de optimizar la justicia de las instituciones políticas.

ad pédem literae
Mi libertad se termina donde empieza la de los demás

Jean Paul Sartre

Letras de
buen humor

Incluso el pasado puede modificarse; los historiadores no paran de demostrarlo

Jean Paul Sartre

Mónica Lavín

Runner

Uno puede salir del cine con distintos estados de ánimo. Runner, película que recibió el premio especial del jurado en el Festival de San Sebastián en 2022, ópera prima de la estadounidense Marian Mathias, nos coloca frente a una historia dramática y desoladora contada con elegancia y sutileza donde el instinto de sobrevivir, esa luz que en el pebetero de las Olimpiadas se enciende cada cuatro años (I see the light, se escucha el Gospel) es una rendija para seguir adelante.

La historia es sencilla y la cineasta posee la sensibilidad de convocar a la plástica norteamericana y la mirada chejoviana para construir atmósferas que hacen de lo no dicho un ancla para mirar la condición humana. Runner es el apodo de Haas (cuyo nombre en alemán quiere decir conejo o corredor), una chica de apenas 18 años que por sus actitudes y movimientos al principio parece tener algún impedimento físico o mental, que vive con su padre alcohólico en la casa de agónico esplendor en medio de la pradera. Casas dispersas, un bar oscuro, una iglesia que congrega a los fieles que leen la Biblia pero que al salir del recinto olvidan las consignas de ayudar al prójimo, de atender las carencias del otro. El padre alude a unas casas del

Misisipi cuya venta promete ser buen negocio, vive anclado a un sueño de mejoría económica, fantasma y que presentará su verdadera cara el día que la cineasta ha escogido contar. Ese día padre e hija van a misa para que un comprador, que él cree prudente, haga caso de la oferta y con ello les cambie la vida para siempre. Pero cambia de otro modo. Runner debe enterrar a su padre en el pueblo de origen a la vera del Misisipi, antes de perder lo que le queda: la casa embargada. Esa casa que limpia y trapea, esas escaleras letales. El entierro que debe postergarse por la lluvia significará el encuentro con un joven sin posesiones como ella. Entonces Haas contará de las casas del río Misisipi que su padre vendería y así pasará el amuleto de la esperanza. Serán días felices y breves. Lustrados como los zapatos que bolea el padre y luego la chica, proveyendo de dignidad lo que se desbarranca.

Un tren pitando a lo lejos y la actitud de la chica atenta revelan, en una epifanía delicada propia de los cuentos de Joyce, que no se quedará atrapada como Evelyn (lean este cuento de Dublineses) en el lugar donde los vecinos son el corifeo que narra y sospecha emociones, pero nunca se acerca ni tiende la mano.

Lo oscuro y el silencio, los encuadres



como piezas que cuelgan en un museo construyen un mosaico visual y elocuente del medio oeste norteamericano.

Una historia de los sueños que sujetan la esperanza, no importa cuán descabellada.

Aquella imagen de la casa grande, con techos de dos aguas, vista desde la distancia donde la solitaria pradera domina, me llevó al cuadro clásico de Andrew Wyeth, Christina's world. En efecto, llegué a casa y lo busqué en la computadora. La casa era casi igual, la chica que parece reptar entre el pasto crecido hacia ella, la mira con anhelo, como si le fuera familiar e inalcanzable. Los expertos han

clasificado la película como "Cine melancólico del medio oeste", pero lo que importa es cómo aquello incide en uno. Eso es lo que siempre importa.

Al salir del cine cargada de ese ritmo quieto, trezado por silencios e imágenes de una soledad irreversible, pensaba en mi abuelo andaluz siempre perorando que volvería a su pueblo a recuperar la finca que se había vendido sin su consentimiento, hasta que lo hizo a los 90 años y confirmó la imposibilidad. Entonces regresé en silla de ruedas, desposeído y sin el pebetero que le había dado un propósito de vida. Sin poder escuchar ya, como Runner, los horizontes en el traqueteo de un tren, murió al poco tiempo.